

Iconos (Teología sobre su veneración)

Contenido: El fundamento teológico en la veneración de los iconos. Significado de la "canonicidad" de los iconos. La caída de la iconografía como consecuencia de la caída de la espiritualidad. El Icono (por María Cecilia Mascarenhas de Boschkowsch).

El fundamento teológico en la veneración de los iconos

La Iglesia Ortodoxa tiene un tesoro invaluable, no solo en el ámbito de los oficios y las obras de los Santos Padres, sino también en el ámbito del arte eclesiástico. Como se sabe, la veneración de los santos iconos es muy importante en la Iglesia Ortodoxa, ya que el icono es algo mucho más grande que una simple imagen. No es simplemente un adorno del templo o una ilustración de las Sagradas Escrituras, sino que tiene una correspondencia total con Ellas, es un objeto que entra orgánicamente en la vida de los oficios divinos. Con ello se explica el significado que la Iglesia da al icono, es decir, no a cualquier representación en general, sino al icono canónico, es decir, aquella imagen específica que Ella misma ha elaborado en el transcurso de su historia en la lucha contra el paganismo y las herejías; aquella imagen por la cual, en el período iconoclasta, pagó con la sangre de sus mártires y confesores de la fe. 'Icono' es una palabra griega que significa 'imagen, representación.' En el icono la Iglesia no ve sólo un aspecto cualquiera de la enseñanza cristiana de la fe, sino la expresión del Cristianismo en su totalidad, la Ortodoxia como tal. Por ello, es imposible comprender o explicar el arte eclesiástico fuera de la Iglesia y Su vida. El icono, como imagen sagrada, es una de las manifestaciones de la Tradición de la Iglesia. La veneración de los iconos del Salvador, la Madre de Dios, los ángeles y los santos es un dogma de la fe cristiana que fue formulado por el VII Concilio Ecuménico - un dogma que emana de la confesión fundamental de la Iglesia: la encarnación del Hijo de Dios. El icono de nuestro Señor es el testimonio de Su encarnación verdadera, no ilusoria. El significado dogmático del icono fue claramente formulado durante el período iconoclasta.

Al defender los iconos, la Iglesia Ortodoxa no defendía su aspecto didáctico o estético, sino el mismo fundamento de la fe cristiana: el dogma de la encarnación, ya que el icono del Salvador es al mismo tiempo, testimonio de Su encarnación y nuestra confesión de Jesucristo como Dios. "Yo vi la imagen humana de Dios y fue salva mi alma," dice San Juan Damasceno. En otras palabras, el icono del Salvador es, por un lado, testimonio de la plenitud y realidad de Su encarnación, la representación de la personalidad Divina del Verbo encarnado, una naturaleza nueva transfigurada; y por otro lado, testimonio de la realidad de nuestro conocimiento de Jesucristo como Dios, es decir, la revelación. La aspiración del hombre hacia Dios, que es el aspecto subjetivo de la fe, se encuentra con la respuesta de Dios al hombre - la revelación, que es el conocimiento religioso objetivo, expresado en palabras o en imágenes. De este modo, el arte litúrgico es, no sólo nuestra ofrenda a Dios, sino también el descenso de Dios; el arte en el cual se produce el encuentro de Dios con el hombre, de la gracia con la naturaleza, de la eternidad con lo temporal. La tradición es la revelación que sigue viviendo. Es la vida de la Iglesia en el Espíritu Santo. La experiencia de aquel que la recibió, crece con la experiencia de todos los que la recibieron después que él. Esta conjugación de unidad de la verdad de la revelación con la experiencia personal de su recibimiento es uno de los aspectos fundamentales de la Ortodoxia: su característica de ser Conciliar.

En esencia, la Iglesia Ortodoxa ve en la encarnación del Hijo de Dios el fundamento para la veneración de los iconos. Las iconos elevan nuestro pensamiento de la imagen al Arquetipo.

Significado de la "canonicidad" de los iconos

La tradición en el arte eclesiástico, al igual que en la misma Iglesia, está compuesta de dos realidades: el hecho histórico y la revelación atemporal, indisolublemente unidos entre sí en forma orgánica. Por un lado, la representación de la festividad o del santo nos da un contexto histórico certero y nos transporta a su Arquetipo. Por otro lado, no es una simple representación de un hecho histórico o de una persona entre otras. El icono nos da este hecho o la imagen del santo fuera del tiempo, mostrándonos su significado dogmático y estético, su lugar en el plan general de la Economía Divina. La iconografía de la festividad nos muestra su contenido dogmático, su lugar en la cadena de hechos salvadores de la historia sagrada. A través del icono del santo conocemos su lugar y su significación en la Iglesia, al igual que el carácter de su servicio a Dios: es decir, como apóstol, santo imitador de Cristo o mártir. Finalmente, en los iconos del Salvador y la Madre de Dios está expresada toda la plenitud de la Economía Divina. De este modo, cada icono es una parte del todo, de la Iglesia, no sólo en el sentido interno y espiritual, sino también exterior. La construcción arquitectónica del icono, tanto interna como externa, compone una unidad con la arquitectura del templo. Cada icono es para nosotros, tanto en un sentido como en el otro, el mundo llevado a un estado de armonía y de orden superior.

San Juan Damasceno decía: "No me inclino ante la creación en lugar del Creador, sino me inclino ante el Creador que se hizo creado como yo, y sin humillar Su dignidad o sufrir ninguna división, descendió a la forma de una criatura para glorificar mi naturaleza y hacerla partícipe de la naturaleza Divina. Junto con el Rey y Dios, me inclino ante la púrpura del Cuerpo, no como vestidura y no como a una cuarta Persona, no, sino como convertida en partícipe de esa misma Divinidad. Del mismo modo que el Verbo, sin sufrir cambio alguno, se hizo Carne, del mismo modo, la Carne se hizo Verbo sin perder aquello que ella es, mejor dicho, siendo una con el Verbo en la Hipostasis. Por ello, con atrevimiento represento a Dios invisible no como tal, sino habiéndose hecho visible por nuestra causa a través de la participación en la Carne y en la Sangre. No represento la Divinidad invisible, sino por intermedio de la imagen expreso la Carne de Dios que fue visible."

Lo Divino, lo invisible, lo incorpóreo no se representa por sí mismo, sino por la fuerza de la encarnación del Logos, segunda Hipostasis de la Santísima Trinidad. La imagen, el icono, es antes que nada semejanza, modelo, impresión del Arquetipo. Una representación tal no se parece a la persona u objeto representado al modo de un espejo o de forma naturalista. Su objetivo es hacer evidentes las cosas secretas y mostrarlas. El principio de la iconografía, la relación de la imagen con el Arquetipo penetra en todo el universo. Por su naturaleza, es el reflejo de las relaciones, trascendentes para este mundo, entre Dios Padre y Dios Hijo. En este caso, la imagen es semejante en todo al Arquetipo. El icono está ligado al Arquetipo, no por naturaleza, sino por energía. La energía de Dios, al penetrar la imagen, la santifica y, al manifestarse a través de ella, eleva al hombre hacia Dios. Por ello, el que venera un icono, no venera la materia de la cual está hecho, sino venera al mismo Arquetipo por intermedio de la unión en oración con El. El icono refleja la santidad, el mundo transfigurado, el mundo superior; por ello las imágenes de los iconos tienen una esencia significativa y representativa: el mundo transfigurado. Esto está fijado en el Canon. La canonicidad de un icono, no está tanto en el sujeto, como en el principio de la representación del cuerpo transfigurado por medio de signos acordados. La teología cristiana diferencia la incognoscible Esencia de Dios y Sus manifestaciones creadoras, es decir, la energía, dándoles Nombres Divinos. Uno de estos Nombres es la 'Belleza.' Ella es de esencia superior y está por encima de lo mundano, es decir, es trascendente a todo lo sensible. De allí que el arte de la Iglesia tenga por principio el antinaturalismo. La Belleza es una idea central de la estética cristiana. La Belleza, como Nombre Divino, es de naturaleza luminosa. Dios es luz y no hay en El ninguna oscuridad. Cristo es la Luz Verdadera que ilumina a todo hombre que viene al mundo.

Los testimonios de las Sagradas Escrituras están afirmados por la experiencia de muchos siglos de santos cristianos que se esforzaron espiritualmente, que contemplaron la Luz no creada de Dios. El icono canónico transmite esta Belleza, la Belleza llena de la Luz Divina del mundo transfigurado. El icono es el conocimiento concreto y experimentado de la santificación espiritual y la transfiguración del cuerpo del hombre. A la par de la palabra, pero en imágenes visibles y por medio de líneas y pinturas, el icono nos manifiesta la revelación de los dogmas de Dios y, al mostrar al hombre en estado de oración de gracia, nos presenta el misterio de su divinización. En otras palabras, en el icono con medios materiales, se representa la acción transfiguradora de la gracia. Todo el cuerpo participa aquí de la oración, todo el ser se dirige hacia Dios. Ocurre la renovación de nuestra naturaleza, la transfiguración de los sentimientos; ellos, al igual que todo el cuerpo, se hacen distintos. Ese momento, ese estado es la representación del santo en el icono. De allí las formas poco usuales, distintas, no naturalistas que con frecuencia nos son incomprendibles. El icono no es una fantasía, no es una invención, sino el conocimiento concreto y experimentado, como si fuera el hombre representado en el estado de gracia de la transfiguración. Ello es algo así como una copia de lo natural, con la ayuda de símbolos. Por ello la extraordinaria grandeza, simplicidad, tranquilidad y gracia del movimiento en el icono. Por ello su ritmo lineal y colorido, sujeto a una armonía superior. Esto es el reino del Espíritu, el dominio de la plenitud de la vida superior, expresada por intermedio de líneas y colores. Sólo las personas que vivieron este estado pudieron crear tales imágenes. Por ello el icono canónico inspira en nosotros el estado de oración y lo concentra. El icono es el camino y el medio, es la oración misma.

La caída de la iconografía como consecuencia de la caída de la espiritualidad

De este modo, el icono expresa la contemplación y el estado en el cual el hombre vive una misma vida con la imagen que le es visible. Sólo una imagen así puede ser contundente en su realidad. Por eso cualquier recuerdo en el icono de la realidad carnal, de la naturaleza caída del hombre, de la sensación de la corrupta carne del hombre y del espacio físico, contradice la esencia del icono, el dogma de la Transfiguración, ya que el cuerpo y la sangre no pueden heredar el Reino de Dios y lo corrupto no hereda la incorrupción. La introducción en la Iglesia del arte mundano llevó a que comencemos a acercarnos a la obra litúrgica de la Iglesia con las mismas exigencias que tenemos para con el arte seglar, rebajar la esencia superior hasta lo humano. Tal relación con el arte litúrgico fue el resultado de la profunda caída espiritual. Durante los últimos siglos vemos la lucha, no contra el icono como en el período iconoclasta, sino la corrupción desde adentro; no la herejía abierta, sino la caída espiritual cuyo resultado es la incomprensión, la deformación y la sustitución de la auténtica imagen litúrgica por la imagen falsa, nunca sancionada por la Iglesia. Esto se refiere, no tanto al dogma de la Encarnación de Dios: "*Dios se hizo hombre,*" como a la divinización del hombre a través de la Encarnación de Dios, es decir, el dogma de la Transfiguración: "*Para que el hombre se haga Dios.*" La iconoclasia actual es inconsciente, no está en la negación abierta de los iconos, sino en la deformación de su sentido, en la incomprensión de su significado dogmático y educativo, y en la sustitución del verdadero icono por la

falsa imagen, es decir, un simple cuadro sobre un tema religioso. Ya que aun si el cuadro iconográficamente corresponde a un tema religioso, en esa iconografía sustituye el contenido religioso por uno arbitrario. La idea de la transfiguración está ausente. En tales cuadros no se representa el mundo transfigurado, trascendente, sino el mundo terrenal, natural; no el superior, sino el inferior; no la carne transfigurada, sino la real. Ante tales cuadros no se puede rezar. Ellos no son la revelación. El regreso al arte auténticamente litúrgico, al icono canónico implica la vuelta al único camino verdadero en el arte de la Iglesia que se corresponda con Su espíritu, con Su enseñanza, es decir, la vuelta a las formas canónicas del arte litúrgico purificado de todo lo extraño y agregado que deforma los dogmas de la Iglesia Ortodoxa y rompe la unión, llevando a la individualización y la ruptura. La Iglesia es el mundo de la unión y armonía de Dios. Este mundo es el que Ella pone delante de nuestros ojos y de nuestra mente en su arte.

S. N. Belkin, Odesa, Rusia.

DE LA REDACCION: El reino del espíritu contenido en el icono, esa atmósfera "*de gran tranquilidad*" (San Mateo 8:26) y "*de la paz de Dios, que supera cualquier mente*" (Filipenses 4:7), no se puede representar externamente, simplemente copiando un icono antiguo. La tarea del que escribe iconos es recrear en ellos el mundo superior transfigurado. Ello impone sobre el iconógrafo ciertas obligaciones. Por ello en la antigua Rusia los santos no sólo "tenían un gran cuidado y preocupación para que los iconógrafos hábiles y sus discípulos copiaran modelos antiguos," sino que prestaban especial atención a las cualidades morales del iconógrafo y su buena conducta: "Corresponde al iconógrafo ser humilde, manso, piadoso, que no hable en vano, que no ría en exceso, que no pelee, que no sea envidioso, bebedor, ladrón, asesino; que guarde más que nada la pureza espiritual y corporal con todo celo... Corresponde al iconógrafo acudir al padre espiritual con frecuencia, pedirle consejo en todo y según su enseñanzas vivir en ayuno, oración y abstinencia con sabiduría humilde... Si alguno de los iconógrafos o de sus discípulos comienza a vivir sin cumplir las reglas: en ebriedad, impureza y cualquier desobediencia, corresponde ponerlos en prohibición, separarlos del trabajo con iconos y no permitirles acercarse a ellos."

Icono

Por María Cecilia Mascarenhas de Boschkowitzsch

El Icono contiene en sí mismo historia, tradición, simbolismo, teología y arte. Para estudiar estos aspectos es necesario introducirnos en la vida de la Iglesia porque la historia del Icono está relacionada con la historia de la Iglesia y con la historia del arte, dos aspectos diferentes pero unidos en una realización en común.

El Icono es un símbolo porque el símbolo es en sí mismo la presencia de lo que simboliza y es la presencia del representado.

El Icono es "Teología en Color." La Iglesia define teológicamente al Icono en función del "Dogma Trinitario" y sobre todo permite entenderlo en función de la "Encarnación."

No vean al Icono lindo, no lo piensen feo, no lo critiquen como arte natural; en su desnaturalizada belleza trascendente esta Dios; que escucha, aunque no le hablemos; acompaña aunque no lo busquemos; entiende aunque no lo entendamos y protege aunque no lo veamos.

Contemplemos a los Iconos observando lo que los Iconos simbolizan. Compartamos la alegría de expandir los Iconos que son la imagen inmediata de una luz proyectada; que son un tejido cuyos hilos se juntan, se entrecruzan, se ocultan y se sostienen mutuamente, entre Aquel que los inspira, los representados y los que los contemplan.

No olvidemos las palabras de San Basilio: "Levantaos vosotros pintores, que a través de vuestro arte exaltado hacéis Iconos. Mi alabanza para el campeón coronado es pobre, comparada con la sabiduría que inspiran vuestros pinceles con sus radiantes colores. Yo me detengo al escribir sobre el valor de los Santos y los Mártires, de ahora en adelante, porque vosotros los habéis coronado y hoy me alegro de la victoria ganada por vuestro poder. A medida que miro los detalles de las figuras de vuestros Iconos, Su victoria es más brillante para mí. Que los demonios rabien, porque han sido destruidos por las bondades de los Santos y los Mártires que vosotros habéis descrito. Haced que sus manos quemadas en las llamas de lo viejo, sean reveladas nuevamente como victoriosas. Que esto que yo he dicho quede incluido en esos "Iconos" y unidos con el Cristo, Juez de todo el contexto. A El la gloria por los siglos de los siglos. Amén."

Abramos los ojos para ver; los oídos para oír y el corazón para sentir. "Para dirigir nuestros pensamientos hacia la contemplación de cosas elevadas se hace necesario un medio familiar cotidiano para dar una forma visible a lo que no tiene forma; para hacer visible lo que no se puede describir; para que podamos construir analogías comprensibles" (San Dionisio - "Sobre las Jerarquías Celestiales").